LA IGLESIA EVANGÉLICA DE NUESTRO TIEMPO
UNA PERSPECTIVA DESDE EL MINISTERIO A LA NIÑEZ

Dr. J. Norberto Saracco

PERSPECTIVA HISTÓRICA

La Iglesia Evangélica Latinoamericana tiene una prehistoria de corsarios y piratas. Según el historiador Arnoldo Canclini, fue entre estos personajes que aparecieron los primeros "herejes" -como también se llamaba a los protestantes, herederos de la Reforma- hace unos cuatrocientos años. Se supo de Biblias entre sus pertenencias y de haber sido algunos de ellos sepultados según el rito anglicano. Sin embargo podemos decir que los primeros protestantes que arribaron y permanecieron en nuestras tierras lo hicieron hace aproximadamente doscientos años. Vinieron de la mano del pensamiento liberal y traído por los soplos de los vientos de independencia.

Para ellos, la misión estaba íntimamente ligada a la educación. Esta idea era uno de los pilares de la reforma protestante. Su lucha era contra el oscurantismo de la Iglesia Católica. Educar era formar personas pensantes, capacitadas para leer las Sagradas Escrituras y encontrar allí la luz para sus vidas. No fue casualidad que Diego Thomson, pastor bautista escocés, haya sido designado director de educación por el Cabildo de Buenos Aires y que haya sido por este mismo Thomson que se inauguró la primera escuela dominical, con siete alumnos, el 23 de marzo de 1821. Por más de un siglo, la presencia protestante fue de apenas un puñado de hombres y mujeres pero con un alto prestigio e influencia social. Sarmiento dijo: "*Oh, si pudiera reunir… algunos protestantes metodistas, presbiterianos o de alguna denominación cualquiera y levantar un templo en lugar aparente, cuánto bien harían al progreso de las ideas".*

A medida que avanzó el siglo XX, la Iglesia Evangélica creció y fue surgiendo un sólido liderazgo nacional. A mediados de la década del cincuenta, el crecimiento se aceleró con la irrupción del *pentecostalismo* y la proliferación de campañas y eventos evangelísticos. Esto se hizo más agudo a partir de la década de los años ochenta y pasamos de ser menos del 3% de la población de entonces al 9% de hoy. Es decir, en Argentina hoy hay aproximadamente 4 millones de evangélicos. Sin embargo es interesante destacar que la influencia en la sociedad no ha sido proporcional al crecimiento. Por el contrario, hoy la presencia evangélica se ha debilitado, especialmente en su capacidad de influenciar en los procesos sociales, entre ellos los de la educación.

CARACTERÍSTICAS DE LA IGLESIA EVANGÉLICA CONTEMPORÁNEA

Solo mencionaremos algunos aspectos. Por supuesto, como toda categorización descriptiva tiene sus excepciones.

1. Como ya dijimos, es una iglesia que se ha caracterizado por un crecimiento numérico significativo en los últimos años.
2. Ha habido una “pentecostalización” de la experiencia religiosa. Es decir, ciertos fenómenos que antes eran exclusivo de las iglesias pentecostales, tales como adoración espontánea, el hablar en lenguas, la oración por los enfermos, la expulsión de demonios, hoy son comunes en otras denominaciones. Si bien el 9% de la población argentina es evangélica lo cierto es que el 8% de la población es pentecostal. Esto significa que sin las iglesias pentecostales en su diversidad hoy sólo el 1% de la población sería evangélica.
3. Hoy la iglesia vive una globalización de la adoración. Mientras que en el pasado los contenidos y estilos de adoración daban identidad a los diferentes grupos cristianos, hoy esas diferencias se han borrado. La adoración es la misma sin importar el grupo o denominación que sea.
4. Ha habido un cambio en los hábitos religiosos de los evangélicos. Hoy, el 60% va regularmente a los cultos; el resto lo hace esporádicamente.
5. Bajo la influencia de lo que es el pensamiento posmoderno contemporáneo, el 64% de los padres evangélicos piensan que en nada deben influenciar en la elección religiosa de sus hijos.
6. Ha habido una disminución de las demandas éticas y morales. Se ha pasado de la búsqueda de la santidad a la búsqueda del “sentirse bien”. Muchas iglesias se han transformado en agencias de autoayuda. Es una salvación sin conversión.
7. Se ha descuidado la formación de vidas. Hay iglesias que en los últimos años han cerrado sus Escuelas Dominicales y no las han reemplazado por otros modelos de formación.
8. Una de las características más sobresalientes de la iglesia en América Latina, y en especial en Argentina, es su tendencia a la unidad. La creación de Consejos Pastorales y alianzas nacionales es un signo esperanzador. Esto la ha llevado, entre otras cosas, a tener un gran poder de movilización, ya sea para eventos puntuales como para reclamos ante las autoridades.
9. También, aunque de manera incipiente, ha ido creciendo el concepto de “Iglesia de la ciudad”. Es decir, las congregaciones de una ciudad se entienden a sí mismas como parte de la única iglesia del Señor y comparten sus dones y recursos bajo esa concepción.
10. La iglesia contemporánea en nuestro continente avanza en la visión misionera. Si bien es mucho lo que falta por hacer, está entre las de vanguardia en lo que es el envío de misioneros a largo plazo y a contextos no cristianos.

DESAFÍOS PARA UN MINISTERIO A LA NIÑEZ

Evidentemente los desafíos de la iglesia contemporánea son enormes. Dios ha sido fiel y le ha tocado vivir a nuestra generación manifestaciones del poder y la gracia de Dios que nuestros abuelos ni se atrevieron a soñar. Pero, al mismo tiempo, tal como hemos visto, hay énfasis que cambiar y situaciones que modificar. Tenemos el desafío de contar con una iglesia madura, arraigada en la Palabra de Dios y que afecte a la sociedad mediante la proclamación y vivencia de los valores del Reino de Dios. Esto es, una iglesia de vidas nuevas que sea testimonio del poder transformador del Evangelio. Una iglesia santa, pero

no legalista; abierta al Espíritu, pero con los pies sobre la tierra; arraigada en los valores eternos del Evangelio, pero capaz de comprender y encarnarse en el mundo del siglo XXI.

Para que esta iglesia sea posible debemos volver a la centralidad de la formación de vidas, del discipulado integral. Aquí los ministerios dirigidos a la niñez son prioritarios. Sigue siendo verdad que toda instrucción que demos al niño tendrá sus frutos en la edad adulta. Pero hoy la tarea es más difícil. Los hogares han claudicado en la formación de sus hijos, como también lo ha hecho la escuela. Unos y otros intentan, en el mejor de los casos, ser espacios de contención, pero no de formación.

Frente a tal desafío le cabe a los ministerios a la niñez fortalecer la visión, renovar los contenidos y actualizar las metodologías. La formación de los niños debe recuperar su centralidad en la vida y la misión de la iglesia. Para esto los contenidos deben tomar en cuenta la realidad social, familiar y educacional en la que están inmersos los niños. La Palabra de Dios será respuesta para ellos si entendemos sus preguntas. La mayoría de nuestros niños provienen de hogares disfuncionales, conviven en situaciones de violencia y abusos y están expuestos a un mundo que los agrede permanentemente. No podemos hablarles como a hijos de la familia perfecta, la familia que ya no existe. En esta tarea la cuestión metodológica no es algo menor. La hora de clase en la iglesia debe competir con decenas de horas semanales de televisión, video juegos e Internet. Los niños están tan expuestos a estímulos y emociones que ya nada los estimula o emociona. Si intentamos pelear esta batalla siguiendo con el franelógrafo, cuando los niños son expertos en dispositivos 3G, será una batalla perdida.

En cada desafío que ha enfrentado el pueblo de Dios en su historia vino la misma Palabra: “No teman, yo estoy con ustedes”. No es sólo una palabra de ánimo sino también una promesa de poder: “recibirán poder...y me serán testigos”. Damos gloria a Dios que nos permite servirle en este tiempo. La tarea sobrepasa nuestra capacidad y fuerzas. Pero redoblamos nuestro compromiso de trabajar incesantemente, con pasión, esfuerzo y excelencia. Lo hacemos sin temor, al saber que nuestro buen Dios nos acompaña y con la firme convicción de que su poder nos sostendrá.

Publicado originalmente en: *Revista NIÑEZ*, Año 38 (2010) Número 4, LAPEN, Buenos Aires,
pp. 30, 31.